

Salvador Tió domina con maestría cuatro géneros literarios: el periodismo, el ensayo, la poesía y el humorismo. A pesar de los diversos estilos y las diferencias en el tono y forma, aunque se bifurquen, coexisten un pensamiento coherente, una unidad, una trabazón espiritual, una visión tanto ética como estética. Por medio siglo fue el periodismo su campo de batalla ineludible, en el que echa mano con precisión y gracia lo mismo del humor, en artículos que titulaba “A fuego lento”. Como desenfunda palabras de combate certeras y valientes en sus artículos serios, que titulaba “Desde el tuétano”. En ambos estilos interpreta nuestra realidad, sin arbitrariedad, con ingenio, gracia y hondura desde una visión histórica, lo que permite que sus artículos sigan vigentes en el debate público.

La palabra de Salvador Tió puede bifurcarse por muchos caminos, separarse, pero tienen un mismo objetivo, una misma raíz, una misma visión y convicción. El amor a su patria, la angustia del qué será, la búsqueda incesante de descubrir el engaño detrás de las palabras. Su pluma libre fue consecuente consigo mismo, su palabra nunca traicionó sus actos, y ellas siguen siendo un antídoto contra las injusticias, la represión y la desnaturalización; y un horizonte desde el cual ahondar en la búsqueda de lo que somos.

Arturo Pérez Reverte, el conocido escritor español, lo retrata: “Salvador Tió era un hombre honrado, un luchador y un caballero. Amaba su lengua y su memoria más que ninguna cosa en el mundo y les fue fiel hasta el final... Su extrema lucidez detestaba por igual la fuerza amparada en la ley, como la fuerza sin el freno de la ley”.

Para entender al humorista como su interpretación sobre el humor, conozcamos algo del escritor, el que marcó con su palabra imaginativa, ingeniosa, poética y combativa a varias generaciones. El que defendió la lengua por entender que es la máxima señal de identidad de un pueblo y jugaba con ella por el puro gozo de recrearla y quererla. Pérez Reverte en su introducción escribe sobre su libro de humor, *Fracatán de tirabuzones*: “es la estocada rápida, certera, que una lengua hermosa, y secular, una lengua de limpia ejecutoria, asesta en el centro mismo de lo cotidiano, de la reflexión, de los objetos y de los seres...”

Salvador Tió define el tirabuzón como “el sacacorchos de la imaginación. Y cuando destapamos la imaginación nadie sabe lo que va a encontrar. Por eso el tirabuzón da lo mismo en la metáfora o en el chiste, en la poesía o en el humor, con sencilla naturalidad”. De sus miles de tirabuzones, les presento algunos al azar:

“Los que crean que las cotorras están en extinción que pasen por la legislatura,”

“El Cañón del Colorado solo dispara fotografías,”
“Un nudo que se desata podríamos decir que se desnuda,”
“Las curvas de la mujer son la autopista de la sensualidad,”
“El trópico hay que interpretarlo en clave se sol,”
“Puerto Rico está en pleno renacimiento,”
“Cuando una mujer dice ‘no’ pone boca de beso,”
“La paloma de la paz vuela con petróleo”
“Ya los niños no son aptos para mayores”,
“Puerto Rico es un país en jaque que le está huyendo al mate”,
“El alumno bilingüe cree que ten con ten es veinte”.

Lo mismo pasaba del tirabuzón a la décima improvisando amores en *Soy boricua porque soy*, como convertía las palabras en poesía en su *Trópico en mi sangre*, o transformaba las palabras en cuentos casi autobiográficos donde de niño empinaba sueños y paisajes por la Cuesta del Viento de su querido pueblo de San Germán.

Pasa triunfalmente en sus escritos del combate a la risa, al dolor y al amor. Entonces se vuelve íntimo, tierno, vulnerable: “no llora un hombre que es hombre/ nos dijeron al nacer/ pero llorar por mujer / eso sí es cosa de hombre,”

Es exacto decir que Salvador Tió fue un hombre tan profundamente triste como divertido que le apasionaba el humor. Por eso entendía que el humor y la poesía tenían una misma raíz, al expresar: “El humor va en busca de la verdad, la poesía va en busca de la belleza; el humor sorprende, la poesía asombra” y supo encontrar en la veta literaria, el oro de la verdad y la poesía.

Su amigo Gustavo Agrait lo interpreta certeramente en esta carta que le envió a mi padre en la década del 50. “Nada de extraño tiene que el escritor que más ha hecho reír a Puerto Rico sea al mismo tiempo una persona seria. Un humorista no es un cómico ni un payaso, como por lo general resulta ser quienes su radical falta de seriedad los lleva a caer en la solemnidad.

Salvador Tió y Montes de Oca, que si no es el segundo humorista de esta tierra es porque es el primero, pasa a veces de la seriedad a la angustia porque le duelen y le mortifican las cosas que ve. El gesto hueco, la superficialidad de pensamiento, la retórica de triquitraque y la cursilería, que es un pecado que no tiene remisión, le motiva el humor y nunca es más serio que cuando nos hace reír.

Si uno se lee todo lo que sale del Tuétano —sus artículos no humorísticos— y todos los que salen de su peculiar visión que tiene el humorista que abarca simultáneamente anverso y reverso, superficie y entrada, descubrimos que Tío cuenta con un repertorio de ideas a las cuales guarda el tipo de lealtad continuada y tenaz que las mujeres pretenden de los hombres. No hay en él esa incongruencia intelectual que hoy lleva a algunos a decir una cosa y mañana, sin darse cuenta, implicar lo contrario. Su pensamiento total es solidario y consecuente, y así, aunque la forma puede ser proteica, chispeante y vivaz, el fondo tiene una la imperturbabilidad que sólo da la convicción.

Otra carta del 7 de mayo del 1955 del compueblano, Juan José Toro, nos comprueba su influencia y lo vital y energizante que es el humor para los pueblos, al este manifestarle:

“Terminé de leer tu libro [*A fuego lento*]. ...Si tu libro se vendiera en las boticas y yo fuera médico, lo recetaría para muchos males: para la alta y la baja presión, las neurosis, las úlceras pépticas, la mediocridad inconfesa, el periodismo bubónico, el pujo poético con sinfonía en amarillo y para tantas y etcéteras plagas que cunden en el también.

Tu prima Aurora se lo prestó a Don Miguel A. Ramírez Domínguez. El efecto fue sorprendente. Tengo entendido que rió, se olvidó del bicarbonato, hizo buena digestión y durmió como un lirón. ¡Lo que puede la magia de un buen libro! Y si lo escribe un alma noble y generosa como la tuya, el alcance del efecto tiene que ser mayor. Juzgo tu libro por las cosas buenas y nobles que ha hecho sentir y gozar. Mis capacidades en disciplinas literarias no me permiten decirte más.

La belleza de la verdad y la verdad que habitan las palabras fueron búsquedas constantes de su labor creadora. Por eso sentenció: “se escribe con libertad o no se escribe, el escritor es la pasión por la verdad”, y añadía en su artículo “Palabras sin argumento”:

“Defiendo la palabra porque es raíz del acto y el hombre se mide por sus obras. Ser es hacer. Y el acto antes de serlo fue palabra, y antes que palabra, pensamiento. Pensamiento y palabra están muy cerca, al alcance de la voz. Las palabras se pierden por desuso y se gastan por abuso. Nuestro lenguaje político está lleno de palabras vacías y vacío de palabras respetables. Unas van perdiendo su prestigio por huecas y otras replegándose hacia el olvido por olvido. Y en presencia de las palabras ausentes y guardándoles las espaldas yo digo que nuestra generación tiene que buscar en un claro y hondo sentido de la lengua, una más clara y honda expresión de su vida: el sentido vital de su misión.

En estas conferencias o ensayos que ofreció en escuelas, universidades entre las décadas del setenta al ochenta y que forman parte de este libro, afirma que “el humorismo era la manera de descubrir la verdad censurable y de decirlo con gracia, con agudeza o con ingenio”. Y así lo practicó siempre, desde el ingenio, que es el humor más alto. Y me animó a inventar en su nombre un tirabuzón “el humor es el *striptease* del lenguaje” y uno de los mayores gozos del humor es arrancarle el ropaje falso a las palabras, hasta llegar a la verdad desnuda, a la clara desnudez que todo lo aclara al comprender que el humor colectivo es necesario porque sirve de antídoto moral que nos hace inmunes al engaño.

Con ánimo de que disfruten, cierro con broche de humor, que es oro del lenguaje, con una de sus columnas titulada “Amol se escribe con r” para que no sólo conozcan su teoría del humor, sino que puedan comprobar cómo además de hacernos pensar, nos hace reír.